

Dos Poetas del Exilio

Por Ignacio Valente

He aquí dos libros de poetas chilenos que viven y publican en el extranjero: Gonzalo Millán por razones políticas, Pedro Lastra por motivos profesionales de docencia.

Millán (1947) es conocido en Chile por *Relación personal* (1968), obra poética juvenil y promisoriosa, a la cual otorgué mi voto como miembro del jurado del premio Pedro de Oña, que ganó ese año. Su nuevo libro, *La ciudad* (Editions Maison Culturelle, Quebec), es muy diverso: no sólo porque está marcado por su exilio canadiense, no sólo por su enfática disidencia política, sino también por su lenguaje poético. Había en sus primeros versos cierta desenvoltura inocente, cierta hondura afectiva que hoy ha perdido en aras del verso monocorde y siempre idéntico de esta monótona seguidilla. El libro entero consta de frases breves y lacónicas que enuncian hechos exteriores y estrictamente objetivos, carentes de todo lirismo personal, pero que pretenden, dentro de la totalidad de cada poema, desprender una actitud de espectador crítico de la vida y del Gobierno chileno actual.

El libro se inicia con esta secuencia de enunciados impersonales que no cesará hasta la última página: "Amanece. / Se abre el poema. / Las aves abren las alas. / Las aves abren el pico. / Cantan los gallos. / Se abren las flores. / Se abren los ojos". El nexos formal que relaciona los enunciados de una misma secuencia suele ser una palabra clave, generalmente el verbo, con cuyas distintas acepciones se juega para obtener un efecto de variedad o ambigüedad poética: "Circulan los automóviles. / Circulan rumores de guerra. / El dinero circula. / La sangre circula". La significación del conjunto de estas retahílas apunta a dos planos de significación: el que viene dado por el título —una especie de heterogéneo mosaico de la vida diaria de la metrópoli—, y el plano de la denuncia política, que a ratos se manifiesta sólo en algún verso pasajero: "Llueve a mares. / El agua hervida se agita. / El agua hierve a 100°. / El mar hierve. / El mar se agita. / Los torturados braman. / Brama el mar".

Es más frecuente, sin embargo, que la alusión política sea temática. Así en estos versos unificados por el "pasar": "Pasan carrozas. / Por esta calle pasan entierros. / Pasaron a muchos por las armas (. . .) / Pasa el tirano en un auto blindado. / Pasar por alto los abusos". Otras veces no es el verbo, sino el sustantivo lo que unifica sus enunciados: "La beldad es la mujer más bella del mundo. / La beldad y el tirano se abrazan. / La beldad se cuelga del cuello del tirano. / La beldad es la diosa de la ciudad". Alguna vez, ocasionalmente, el procedimiento formal es de tipo léxico: "La mordaza impide el habla. / Vvms mrdzds. / Vvimos mrdzados. / Vivimos mordazados". En los 68 poemas de este libro hay, aquí y allá, hallazgos poéticos en el juego interior que compone esta letanía de hechos escuetos. Pero el procedimiento obviamente, no da para escribir un libro. La ocurrencia y el ingenio de Millán darían,

para escribir dos o tres poemas de cierta calidad. Pero el efecto de conjunto, frase tras frase, juego tras juego de verbos o nombres, es enormemente monótono, aburrido. Nos parece estar siempre en el mismo eterno poema: ¡un solo recurso expresivo para 100 páginas! Prefiero al Millán imperfecto y juvenil, si bien soy consciente de que el dolor o la angustia del exilio no son el mejor clima poético.

El "exilio" de Pedro Lastra es cultural: el del profesor de literatura que encuentra en la universidad norteamericana un ámbito docente que la asfíxia nacional le niega. Tal vez por eso mismo, diría que en relación a su libro anterior, *Y éramos inmortales*, Lastra se ha superado en estas *Noticias del extranjero* (Libros del Bicho, Premia Editores, México). Su poesía se mueve en un espacio sumamente libresco, más cultural que vital. Enuncio un hecho, no un juicio de valor: Lastra es fiel a sí mismo en esta elección, que se manifiesta en las referencias literarias de la mayoría de sus poemas: don Quijote, Catulo, Sísifo, Aquiles, Ulises, Nerval, Bretón, y otros. Algunos de estos poemas culturales son tan breves y leves que dejan gusto a poco y nada; así el texto de Sísifo: "Caer y recaer / en las mismas alianzas y celadas del sueño". Pero el tono afectivo habitual de estos poemas está bien logrado: si bien no dejan nunca la impresión de la fuerza, alcanzan sin embargo una tonalidad de melancolía serena, de apacible nostalgia: cuadra con la célebre definición inglesa de la poesía como "la emoción recordada en la tranquilidad".

Cabría contrastar, en esta poesía, algunos recursos constantes que en una página tienen éxito y en otra no, o que por lo menos alcanzan un logro muy desigual. Así, por ejemplo, el poema que reivindica al antiguo astrolabio por encima de los instrumentos modernos, hallazgo lírico que no consigue otro poema de factura similar, el que ensalza, sobre Gutenberg y su maquinaria, el "sigiloso mensaje / digno de la corteza de los árboles". Ese mismo contraste es manifiesto entre dos poemas de asunto legendario: el de la bella durmiente, breve estrofa que hace esperar mucho y termina deshiliándose en lo obvio ("y la bella durmiente se quedará contigo en el palacio / y tú serás el rey"), y, como contrapunto, el excelente *Caperucita Roja* 1975, a mi juicio el mejor poema del libro, y aun de toda la obra de Lastra, rotundo en la iluminación de la experiencia personal por la leyenda maravillosa, y feliz en la conclusión de sus dos estrofas:

"Para verte mejor no necesito / cerrar los ojos / no necesito verte / con un fondo de árboles / no eres fotografía eres el bosque / que se echa a volar y yo te sigo / con los ojos abiertos por tu vuelo / inocente de ramas que me pierde / en la noche del bosque. // Y para oírte nada de teléfonos / ni orejas grandes / no soy lobo ni oveja / no sé quién soy / oído para tu voz / espacio / que se instala en el mundo / para tu voz que late / rápida y lejos / lejos de mí que soy / menos feroz y astuto cada noche". Este es el mejor Lastra, el fabulador, el amante nostálgico, el legendario cronista de sí mismo.